

y la tomaron. Acometieron despues á la ciudad de Tours, la que fué preservada de su furor por una repentina inundacion del Loira y del Cher; pero incendiaron á Marmoutier, en donde quitaron la vida á ciento diez y seis monges, y los veinticuatro que quedaron con el abad Heberno, apenas pudieron salvar su vida en grutas ó subterráneos desconocidos. Se habia trasladado el cuerpo de San Martin á Orleans y despues á Auxerre, en donde permaneció treinta y un años con Heberno y sus religiosos, los cuales jamás quisieron dejar tan precioso depósito, y al fin tuvieron el consuelo de volverle á Tours.

Con razon se temia dejar tan santas reliquias en Orleans, ciudad que los bárbaros saquearon sin resistencia igualmente que á Turena y sus alrededores hasta Blois. Tambien acometieron á la ciudad de Chartres, cuyo obispo, perseguido y con la espada en la cintura, se anegó en el rio de Euro, que quiso pasar á nado. En la misma irrupcion insultaron de nuevo á Paris, abrasaron á Santa Genoveva y todas las otras iglesias de la ciudad é inmediatas, á escepcion de tres, la catedral, San German de los Prados y San Dionisio, que fueron rescatadas con una suma prodigiosa de dinero (857).

Tales son las escenas de horror que

aquellos hombres, despojados de todo sentimiento humano, y tan inaccesibles á la compasion como los yelos y peñascos de donde habian salido, dieron sin descanso desde su primera irrupcion en nuestros paises civilizados, hasta la época á que hemos llegado ahora. Las continuaron todavía por mucho tiempo en las mismas provincias, y las extendieron á otras muchas, hasta mas allá del estrecho de Gibraltar, y en los paises del Ródano y de la Italia, y no cesaron de conculcar todos los derechos de la humanidad hasta que abrazaron la Religion que es la única que pudo mudar sus costumbres atroces, despues de estar habituados á ellas por tanto tiempo. Temeríamos escitar una penosa sensibilidad presentando todos los rasgos de este sombrío cuadro y fijando demasiado tiempo en él la vista de nuestros lectores. Lo que únicamente nos importaba era manifestar cuántos trabajos y dolores costó á la Iglesia conquistar este pueblo para Jesucristo, y hacer de él una de las porciones mas religiosas de la nacion en el mas cristiano de los reinos. De este modo se ve, que sin el auxilio de la fé los mejores entendimientos y las mas almas enérgicas son las mas espuestas á los mayores excesos y extravíos.

LIBRO VIGÉSIMO-SESTO.

Desde el principio del cisma de Focio en el año de 858, hasta el octavo concilio general en el de 869.

Al siglo de las tinieblas correspondia sin duda se tramase en él ese tejido de maldades, artificios y atentados que eran necesarios para separar una parte de la Iglesia del centro de su unidad; y preciso era que esta funesta catástrofe fuese preparada muy de antemano por el olvido de las máximas santas y por el abandono de todos los buenos principios; aciago fruto del abuso de las gracias, y de unos celos reprobables contra los hermanos que se mostraban mas fieles. La iglesia de Oriente que fué la primera que se formó, y conservaba siempre cierto orgullo por este derecho de primogenitura, hallábase con estas disposiciones perniciosas, en el tiempo de que vamos á hablar, no obstante de que poco antes habia dado las pruebas mas solemnes de su catolicismo en un Concilio ecuménico. Ocultábase en su seno el germen de la depravacion, y fermentaba de un modo casi imperceptible; mas para que se mostrase el mal haciendo una espantosa y funesta erupcion, bastaba una mano temeraria que levantase el apósito que le cubria.

De todas las cualidades necesarias para este objeto estaba adornado el eunuco Focio, pues era el hombre mas perspicaz y el alma mas corrompida de su siglo, el ingenio mas vasto y mejor cultivado, y sumamente emprendedor y artificioso (1). Era ilustre

no solo por su nacimiento y por el enlace de su casa con los emperadores, sino tambien por las dos grandes dignidades de caballero mayor y primer secretario; y poderoso ademas por sus riquezas, por su autoridad é influjo, y por su destreza en adquirir partidarios, en presentar como laudables sus perversos designios y en sorprender á las personas de mayor probidad. Funestos podian ser para la Religion, que habia sido siempre para él un mero juguete, los males con que la amenazaba un impío de semejante carácter; males que no dejaria de llevar á cabo por poca facilidad que hallase para ello en el poder político y coactivo, que era el único que podia hacer en él alguna impresion.

El emperador Miguel, hijo de Teófilo, tan impío como Focio, no tenia ningun sentimiento de circunspeccion y reserva; ni la menor idea de dignidad y decencia. Entregado este jóven principe á todo género de excesos como un nuevo Neron, no tenia otra ocupacion mas seria que guiar un carro en los juegos públicos. Rodeábale de continuo un tropel de infames libertinos, los que por orden suya se vestian los ornamentos pontificales en desprecio de la Religion, y ridiculizaban nuestras mas augustas ceremonias: llamaba patriarca á Grilo, que era el gefe de aquellos hombres corrompidos, y daba á los demas los nombres de los

(1) Nicet. p. 1198 etc. B. del C., tomo XVII. — IV.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo II.



once prelados principales que dependían de la iglesia de Constantinopla, tomando él mismo el título de metropolitano de Colonia que era el duodécimo. Todos reunidos remedaban los cánticos de la Iglesia con instrumentos músicos, y echando vinagre y mostaza en vasos de oro adornados con piedras preciosas, se mofaban sacrilegamente de la comunión (1).

Un día que iban en su procesion, yendo Grilo al frente de su comitiva impía, montado en un jumento, se encontraron con la procesion patriarcal. Grilo celebró esta ocasion, principiando á tocar una guitarra y agitando al mismo tiempo la casculla que llevaba puesta, y le imitaron todos sus bufones con grande algazara y gritería, pronunciando palabras injuriosas y obscenas contra el santo patriarca Ignacio y contra su clero. Algun tiempo despues convidó el emperador á su madre la emperatriz Teodora, cuya piedad le era conocida, á que fuese á recibir la bendicion patriarcal. La emperatriz se acercó con religioso respeto; y como Grilo, que estaba adornado con las vestiduras patriarcales, volvia la cabeza á otro lado, ella se postuló humildemente en tierra. Ejecutó entonces aquel malvado una accion torpísima, pronunció algunas palabras indecentes, y añadió por último: «Princesa, os damos lo que tenemos (2).» Ultrajar al propio tiempo á la naturaleza y á la Religion eran las diversiones en que mas se complacia el emperador Miguel III. Despues de haber tratado así por espacio de algunos años á esta triste y respetable madre, la obligó por último á que se cortase el cabello para abrazar la vida religiosa en compañía de sus hijas (857). Quería que las diese el hábito el patriarca Ignacio; mas este digno pastor contestó con

(1) *Past. Theoph.* l. 4, num. 31, 36 et seq.

(2) *Sim. Mag. cap.* 20.

no menos sabiduría y discrecion que nobleza: «príncipe, cuando me encargué del gobierno de esta iglesia, juré no hacer cosa alguna contra vuestra gloria. Si vos os empeñais en oscurecerla, faltando á lo que debéis á vuestra sangre, no debo yo autorizar con mi ministerio esta indignidad. ¿Qué han hecho las princesas para ser tratadas de este modo?» Luego que acabó de hablar se retiró, y el emperador dispuso al punto que á su madre y hermanas las encerrasen en el castillo de Carien.

Entretanto concedió toda su confianza, y dió el título de César al patricio Bardas, tío suyo y hermano de la emperatriz, pero hombre de muy diferentes costumbres. Estaba adornado de muchos conocimientos y capacidad para el despacho de los negocios, gustaba de las ciencias, protegía á los sábios, estableció los estudios que yacian casi aniquilados con motivo de la larga serie de emperadores ignorantes que se habían sucedido sin interrupcion, y fundó escuelas nuevas y florecientes, en las que recibieron gran lustre las matemáticas y la filosofía, bajo la direccion de Leon, que había sido arzobispo de Tesalónica, y es mucho mas conocido por el nombre de Leon el Filósofo. Pero Bardas tan protector de las letras tenía una ambicion sin límites, y era poco delicado en la eleccion de los medios propios para satisfacerla. Éranle indiferentes todos los medios que podian contribuir á mantenerle en su dignidad, y parecía serle por lo menos igual la gloria que el deshonor del soberano. Reducíase su único estudio á aprovecharse del poco mérito y de los vicios de su sobrino, sin dejar él tambien de entregarse á las pasiones mas disolutas; y esto con tan poco miramiento y atencion á su propia gloria, que llegó al extremo de separarse de su muger para vivir públicamente con su nuera. Parecía carecer hasta de los pri-

meros principios de la Religion, puesto que en este estado de desorden y escándalo se presentó en un día solemne á participar de los santos misterios.

El patriarca Ignacio, que le había exhortado con frecuencia, aunque siempre en vano, á que abandonase una vida tan licenciosa, le escluyó de la comunión. Enfureció esto á Bardas en tales términos, que pretendió traspasarle con la espada; pero Ignacio, sin mostrar el menor sobresalto, le amenazó con la ira de Dios de un modo tan terrible, que le hizo temblar (1); bien que este movimiento de temor sirvió tan solo para conmover su corazon, mas no para variar las disposiciones en que se hallaba. No tardó en usar de todo el ascendiente que tenía con el emperador para escitarle á que cometiese las mayores violencias contra el santo patriarca, hasta que se resolvió su deposicion. Pero como los malos príncipes tienen motivos especiales para temer las turbulencias y los cismas, procuró reducir á Ignacio con tratamientos crueles á que renunciase su dignidad, y principió por arrojarle del palacio patriarcal y espulsarle á la isla de Terebinto. Enviáronle despues de algunos días varios grandes y obispos para que le obligasen á renunciar formalmente. Procuraron persuadirle con razones especiosas la necesidad de ceder á las circunstancias del tiempo: manifestáronle compasion, le rogaron y le amenazaron, pero sin conseguir jamás alterar su constancia. Entretanto muchos obispos alzaron su voz contra una injusticia tan notoria, y publicaron que no reconocerian al sucesor que se nombrase en lugar de Ignacio. Para evitar el tumulto y acallar á los prelados que se mostraban mas celosos, los llamó separadamente el artificioso César, y ofreció á cada uno de ellos los despojos de Ignacio

siempre que conviniessen en abandonarle; por desgracia ante esta deslumbradora promesa se disiparon su indignacion y su celo. «El emperador os cumplirá la palabra que os doy yo en su nombre (dijo Bardas á cada uno de ellos en particular); pero cuando os ofrezca la Silla patriarcal no falseis á lo que dicta la modestia, y aparentad que rehusais el nombramiento.» Dijeron que así lo harian, y habiéndolos llamado el emperador separadamente, les hizo la oferta: rehusaron, y se les cojió la palabra (1).

Estaba ya hecha la eleccion. Para satisfacer los deseos de la córte impía, se necesitaba un hombre como Focio, todavía lego y ya cismático, partidario de Asbestos de Siracusa, quien á causa de sus delitos había sido depuesto por el patriarca de Constantinopla, de cuya Silla dependia entonces la Sicilia. A los obispos que acababan de dejarse corromper no les quedaba mas que la vergüenza de una ambicion estéril, y el despecho de ver que su vil prevaricacion había servido tan solo para empujar á un rival. No faltaron sin embargo obispos que llevados del interés sostuvieron una eleccion tan injusta, exigiendo del electo algunas ofertas y juramentos que solo podian alucinar á una ignorancia vergonzosa, ó por mejor decir, á unas conciencias que querian ser engañadas. El obispo cismático de Siracusa ordenó al futuro autor de un cisma infinitamente mas funesto; y á un lego, ocupado toda su vida en las cosas de la guerra ó en negociaciones políticas, lo transformó en patriarca en seis días. Hizole monge en el primer día; en el segundo, lector; en el tercero, subdiácono; en el cuarto, diácono; en el quinto, presbítero; y por fin, en el sexto, obispo de la Silla mas ilustre de Oriente (857).

No habían trascurrido dos meses des-

(1) *Nicot. Vit. Ignat.*; t. 8 *Conc.* p. 1191.

(1) *Nicot. Vit. Ignat.*; t. 8 *Conc.* p. 1191.



pues de esta consagración, cuando ya el intruso dió rienda suelta á toda su maldad y perfidia (858). Persiguió con crueldad á los eclesiásticos que eran afectos al patriarca legítimo; mandó azotarlos y despedazarlos á fuerza de golpes; despues procuraba ganarlos con lisonjas; les ofrecia riquezas ó dignidades, y los estrechaba por todos los medios posibles á que calumniasen á Ignacio con declaraciones infamantes; hasta pretendió se le atribuyesen tambien delitos contra el Estado; pero fueron inútiles todos sus ardides y esfuerzos. Sin embargo, como Bardas estaba de parte suya, consiguió que prendiesen al santo patriarca, que le llevasen de prision en prision cargado de cadenas como si fuese un asesino, y que por último le desterrasen á la isla de Lesbos: un ministro de justicia llevó su osadía hasta el punto de darle de bofetadas con tal crueldad, que le derribó dos muelas. Con el santo obispo fueron desterrados tambien, despues de un tratamiento igualmente indigno, todos aquellos que pasaban por ser de las mismas ideas, siendo el objeto de toda esta intriga obtener con violencia la dimision de la Silla patriarcal. Mas Ignacio se opuso con tan extraordinaria constancia, y fueron tantos los prelados que logró tomaran su defensa, que depusieron á Focio en un Concilio, con anatema, así contra el cismático como contra cualquiera que le reconociese por pastor. Por su parte el intruso reunió un conciliábulo, valiéndose de la autoridad imperial, y pronunció contra Ignacio, aunque ausente, una sentencia de deposicion y de anatema; y como los obispos fieles á los cánones le echasen en cara un procedimiento tan escandaloso, los depuso, y mandó que los encarcelasen.

Despues de un suceso tan ruidoso tuvo el impostor la desfachatez de enviar legados á Roma, y de enviar á decir al Papa que Ignacio habia abandonado por su propia volun-

tad la iglesia de Constantinopla á causa de sus enfermedades y de su ancianidad, y que se habia retirado á un monasterio donde se le trataba con todo el respeto y atención debidas á su carácter (1). Poco despues escribió de nuevo al Sumo Pontífice en estos términos: «cuando considero el grave peso de la dignidad episcopal, y observo por otra parte la debilidad humana, y en particular la mia, no encuentro palabras con que poder esplicar el dolor que me causa haber de llevar este tan terrible yugo. Mas el emperador, que es humano con todos y solo cruel conmigo, los metropolitanos reunidos y todo el clero, llevados de no sé qué impulso, fijaron en mí sus ojos luego que mi predecesor renunció su dignidad; y sin dar oídos á mis excusas, y sin concederme un instante de tregua, me declararon era absolutamente necesario aceptase del obispado; me han violentado y hecho su gusto á pesar de mis lágrimas y mi desesperacion (2).» Acompañaba á estas péfidas protestas una profesion de fé muy exacta. Tambien el emperador envió una embajada solemne de cuatro obispos y con ricos presentes para apoyar la impostura (859). Ocupaba á la sazón la Silla de San Pedro el Papa Nicolao I, que habia sucedido á Benedicto III en 24 de abril del año precedente, esto es, quince dias despues de la muerte de su predecesor; porque no fué necesario esperar la confirmacion del emperador Luis, pues se habia hallado allí al tiempo de la eleccion (3). Fueron necesarios grandes esfuerzos para vencer la resistencia de Nicolao, sacándole á la fuerza de la iglesia de San Pedro donde se habia refugiado. Mostróse bien pronto tanto mas digno del pontificado, cuanto habia sido mayor la viveza con que comprendió sus obligaciones y pe-

(1) Nicet. p. 1203.

(2) Ap. Baron. an. 859.

(3) Anast. in Nic. I.

ligros. Los embajadores de Miguel, para sorprender mejor al Pontífice, llevaban el encargo de pedirle legados con el objeto de acabar enteramente los restos de la heregia de los iconoclastas. Su Santidad, que ignoraba el atentado cometido contra el santo patriarca Ignacio, extrañó mucho ver que no se presentaba ninguno por su parte, á lo menos en lo que era concerniente á su dimision del patriarcado. Usó, pues, de la gran prudencia de que estaba dotado; reunió su Concilio, y nombró dos legados, á saber: Rodoaldo, obispo de Porto; y Zacarías, obispo de Anagni. Mas al propio tiempo que los autorizó para proceder contra los iconoclastas, les encargó terminantemente que se informasen jurídicamente acerca de la causa de Ignacio, para que despues pudiese juzgar él por sí mismo en vista de los informes, y al mismo tiempo escribió tambien al emperador Miguel y á Focio (860).

Por la carta dirigida á este hábil impostor por Nicolao, parece descubrirse que principiaba ya á concebir sospechas contra él, á pesar de su profesion de fé; pues no solo reprende la irregularidad con que recibió las órdenes sagradas, sino que declara espresamente (1) que no consiente en ellas de modo alguno hasta que regresasen los legados romanos, y pudiese por ellos conocer su conducta y su amor á la Religion. En la carta al emperador se queja de que hubiese sido depuesto Ignacio sin consultar á la Santa Sede y sin razones canónicas probadas ó jurídicamente ó por confesion de aquel patriarca. «Por tanto, continúa, queremos que, segun el orden establecido, comparezca Ignacio en un Concilio ante nuestros legados; que se le pregunte por qué ha dejado á su pueblo, y que se examine si su deposicion fué canónica. Cuando nos

den cuenta de todo, decidiremos lo que convenga hacer para el bien y tranquilidad de vuestra iglesia.» Quéjase igualmente Nicolao de que, aun supuesta la necesidad de poner un obispo en Constantinopla, hubiesen elegido á un lego, contra lo que prescriben los cánones de los Concilios y las decretales de los Papas. Aprovechase tambien de esta ocasion para pedir el restablecimiento de la jurisdiccion que se habia usurpado á la Santa Sede sobre el Ilirico, el Epiro, Macedonia, Tesalia, Acaya, Dardania, Mesia y Dacia. Y anteviendo las consecuencias de esta fatal negociacion, mandó sacar tres copias de su carta, de las que conservó una en su poder, enviando la segunda al emperador y ordenando que conservasen la otra los legados, ya para que les sirviese de instruccion, y ya tambien para leerla en el Concilio que se habia de celebrar en Constantinopla, en caso de que el príncipe no dejase leer la que le habia enviado.

Los recelos del Pontífice no podian ser mas fundados. Al punto que los legados pusieron los pies en Constantinopla, Focio cuidó de que no pudiesen aclarar cosa alguna relativa á la mudanza, acerca de la cual iban á adquirir noticias positivas (1); y así por espacio de tres meses no se les permitió conferenciar con nadie sino con las personas de su comitiva. Pasado este tiempo les declararon que ya habia llegado la época de confirmar la deposicion de Ignacio; y aunque reclamaron contra un modo de proceder tan extraño, contestáronles imperiosamente que no se trataba de deliberar; que el emperador habia tomado ya su resolucion, y que si no obedecian, serian desterrados y reducidos á tal miseria, que el hambre los obligaria á buscar con ansia hasta lo que causa mas horror. Aterrados

(1) Nicol. I, Ep. 3, 6, 40.

(1) Ep. Metroph. pag. 1338.